

Lo demoníaco en el capítulo IV de *El concepto de la angustia*, de Kierkegaard

INTRODUCCIÓN

1. Antes del capítulo IV. El concepto de la angustia es un tratado psicológico (no dogmático) sobre el pecado original. En ella K. distingue tres clases de angustia. *Antes del pecado*, la angustia del inocente o de la posibilidad de la libertad. *Después del pecado*, la angustia se desdobra. Puede ser angustia del mal o de la pérdida de la libertad, o angustia del bien o de la posibilidad de la libertad. De estas dos últimas trata el capítulo IV.¹

2. El capítulo IV. Podría pensarse que, tan pronto como está puesto el pecado, desaparece la angustia. En efecto, la angustia ha sido definida como el mostrarse de la libertad en su posibilidad. Ahora bien, una vez puesto el pecado y con ella la libertad, la libertad es real. Por tanto, desaparecida la posibilidad, desaparece la angustia.

Pero no es así. La angustia retorna. "Mas ahora el objeto de la angustia es algo determinado, su nada es algo real, pues ha quedado establecida *in concreto* la diferencia entre el bien y el mal y, en consecuencia, la angustia ha perdido su típica ambigüedad dialéctica". Ahora la angustia será angustia del mal o angustia del bien.

El origen del pecado no es la necesidad. "Nosotros no nos hemos hecho en ninguna parte de nuestra obra culpables de la insensatez que afirma que el hombre tiene que pecar". Pero tampoco es el *liberum arbitrium*. "Hacer empezar la libertad con una libre decisión, con un *liberum arbitrium* que puede elegir igualmente el bien y el mal (y que no se encuentra en ninguna parte, cf. Leibniz) significa hacer imposible de raíz toda explicación".

¿Por qué? Porque "sólo para la libertad y en la libertad existe la diferencia entre el bien y el mal". Además, "el bien es la libertad". Por esto, "cuando se pretende concederle a la libertad un momento para elegir entre el bien y el mal, sin que ella misma esté en una de las dos partes, la libertad deja de ser en el mismo momento libertad y se convierte en una reflexión sin sentido".

I. EL PECADOR. LA ANGUSTIA DEL MAL O DE LA PÉRDIDA DE LA LIBERTAD

El pecado, una vez puesto, trae consigo su consecuencia. Esta consecuencia es la posibilidad de un nuevo estado [de pecado]. "Por hondo que haya caído un individuo, todavía puede caer más hondo y este *puede* es el objeto de la angustia". La angustia

1. He expuesto la angustia del inocente, que es la angustia de la nada o de la posibilidad de la libertad, en mi artículo "La libertad y el bien, la libertad y la verdad", en *El concepto de la angustia*, de Kierkegaard", en *ESPIRITU* 49 (2000) 77-79.

del mal es, pues, la angustia de la posibilidad del mal.

Si disminuye la angustia, es que ha aumentado el pecado. A menos angustia, más estado de pecado. "Cuanto más disminuye la angustia, tanto más claro resulta que la consecuencia del pecado ha pasado al individuo *in succum et sanguinem*, que el pecado ha obtenido carta de naturaleza en esta individualidad". En tal caso desaparece la angustia como posibilidad del mal y aparece una nueva angustia (demoníaca), la angustia de la posibilidad del bien.

"Supongamos que hay rebelión, pero que la libertad no se ha pasado ella misma al campo de la insurrección. En este caso naturalmente habrá angustia, la angustia propia de toda situación revolucionaria, pero siempre será una angustia del mal, no una angustia del bien".

La angustia del mal es con otro nombre la angustia de la esclavitud o servidumbre. Puesto el pecado, está puesta como consecuencia la esclavitud del pecado. El pecador es esclavo del mal, tiene "una relación forzosa con el mal", siente como un mal ser esclavo del mal y ansía la libertad del bien.

II. LO DEMONÍACO.

LA ANGUSTIA DEL BIEN O DE LA POSIBILIDAD DE LA LIBERTAD

A. LA PÉRDIDA DE LA LIBERTAD

Lo demoníaco es esclavitud

"La servidumbre del pecado no es todavía lo demoníaco. Tan pronto como está puesto el pecado y el individuo permanece en él son posibles dos formaciones, de las cuales el apartado anterior ha descrito una. En la angustia descrita anteriormente está el individuo en pecado y vive en la angustia del mal. Desde un punto de vista superior, esta situación radica en el bien, por esto se angustia el individuo del mal. La otra formación es lo demoníaco y en ella vive el individuo en el mal y se angustia del bien".

En otras palabras, "la servidumbre del pecado es una relación *forzosa* con el mal. Lo demoníaco es una relación *forzosa* con el bien".

Lo demoníaco, observa K., se manifiesta sobre todo cuando se pone en relación con el bien. "Por esto lo demoníaco sólo resulta claro cuando entra en contacto con el bien, que en este caso se acerca por fuera a su límite. Por esta razón es digno de notarse que en el Nuevo Testamento sólo aparezca lo demoníaco cuando Cristo entra en contacto con él. Y ya sean los demonios legión, ya sea el demonio mudo, el fenómeno es el mismo: la angustia del bien".

Y precisa K.: "El bien significa naturalmente la reintegración (la recuperación) de la libertad, de la redención, de la salvación o como se la quiera llamar.

Hay una aparente semejanza y una real y profunda diferencia entre la angustia en el estado de inocencia y en el estado demoníaco. El inocente y el demoníaco se angustian de la posibilidad de la libertad. Pero la angustia es diferente. Lo explica K. con agudeza y profundidad.

"Lo demoníaco es angustia del bien. En la inocencia no estaba puesta la libertad como libertad; su posibilidad era, en la individualidad, angustia. En lo demoníaco está la relación invertida. La libertad está puesta como no-libertad, pues está perdida la libertad. La posibilidad de la libertad es en este caso de nuevo angustia. La diferencia es una diferencia absoluta, pues la posibilidad de la libertad se presenta en este caso en relación con la esclavitud, que es el directo contrario de la inocencia, pues

ésta constituye una *detrerminación* hacia la libertad".

Lo demoníaco siente como un bien ser esclavo del mal y teme (le angustia) la libertad del bien. Invierte los valores. Ve la esclavitud (del mal) como libertad. Y ve la libertad (del bien) como esclavitud y perdición. "Por esto en el Nuevo Testamento dice un endemoniado a Cristo, cuando éste se acerca a él: *ti emoi kai soi*. E insiste en que Cristo viene a perderle, es decir, aquí hay angustia por el bien. Otro endemoniado ruega a Cristo que siga otro camino. (Cuando la angustia se refiere al mal, el individuo busca refugio en la salvación)".

Tres aspectos de lo demoníaco

A continuación K. describe tres aspectos o rasgos de lo demoníaco. Resumiré bastante estas páginas.

Lo demoníaco es lo cerrado (*das Verschlussene*). Lo demoníaco es la no-libertad que quiere encerrarse en sí misma [...]. Lo demoníaco es lo encerrado, es angustia del bien". La libertad es apertura y comunicación. La esclavitud demoníaca es encierro y soledad.

"La libertad es lo dilatativo (*das Ausweitende*). Y precisamente en contraposición a esto, digo yo, puede decirse que la esclavitud es cerrada por excelencia. En general, úsase, refiriéndose al mal, una expresión más metafísica: es lo negativo. Pues bien justamente la expresión ética para esto (cuando se toma en consideración el efecto del mal en el individuo) es lo encerrado. Lo demoníaco no se encierra en su clausura con alguna otra cosa, sino que se encierra solo, y en esto radica el sentido profundo de la existencia: en que la esclavitud se hace a sí misma prisionera. La libertad es continuamente comunicativa (no hay inconveniente en dar a este término su significación religiosa). La no-libertad se encierra cada vez más dentro de sí misma y no quiere la comunicación [...]. Cuando lo cerrado entra en contacto con la libertad, siente pues angustia".

Así pues, lo demoníaco es lo cerrado o lo que no quiere comunicar con la libertad, con el bien, con Dios. En Dios o en el bien, el hombre no se cierra, sino que se abre, se dilata. "Téngase de continuo presente que, con arreglo a mi terminología, no se puede ser cerrado en Dios o en el bien, pues este encierro (*Verschlossenheit*) significa la máxima dilatación (*Ausweitung*) de la personalidad

Lo demoníaco es lo súbito (*das Plötzliche*). "Este nuevo predicado sólo designa otro aspecto de lo cerrado. Lo demoníaco es definido como lo cerrado cuando se reflexiona sobre el contenido, como lo súbito cuando se reflexiona sobre el tiempo".

Lo demoníaco es lo vacío, lo aburrido (*das Inhaltsleere, das Langweilige*). Es el rasgo característico de Stauroguin, en *Los demonios*, de Dostoyevsky. Como "el terrorífico vacío del mal", lo describe K. Tanto lo súbito, como lo vacío, son otros nombres de lo cerrado.

Final. Kierkegaard termina volviendo a la definición inicial de lo demoníaco. "Volvamos ahora a la definición de lo demoníaco como la angustia del bien. Si la esclavitud lograra por una parte cerrarse totalmente e hipostasiarse y si por otra no quisiera continuamente eso [...] no sería lo demoníaco angustia del bien". Y recuerda que: "la servidumbre del pecado es también no-libertad, pero su dirección es distinta, como se expuso antes: tiene angustia del mal. Si no se insiste en esto, no se puede explicar nada".

B. LA PÉRDIDA DE LA INTERIORIDAD Y DE LA SERIEDAD

"La libertad puede perderse de diversos modos y por tanto también lo demoníaco es de diversa índole". Y K. distingue una "Pérdida psico-somática de la libertad" (que considera al hombre como cuerpo animado) y una "Pérdida pneumática de la libertad" (que considera al hombre como espíritu). Aquí expondré solamente esta segunda que conlleva la pérdida de la interioridad y de la seriedad.

La interioridad y la certeza

La verdad subjetiva. La subjetividad es la verdad, dirá Kierkegaard en el *Postscriptum*. Pero la idea ya estaba en *El concepto de la angustia*. En esta obra, Kierkegaard opone la verdad objetiva y la certeza subjetiva (o interior, como dice en esta obra), que es obra de la libertad, de la libre opción.

"El contenido de la libertad, considerado intelectualmente, es la verdad, y la verdad hace al hombre libre. Por eso precisamente es también la verdad obra de la libertad, en cuanto que ésta, en efecto, produce continuamente la verdad [...] Lo que yo digo es algo muy simple y sencillo: que la verdad sólo existe para el individuo cuando él mismo la produce actuando [...] La verdad ha tenido en todo tiempo muchas clases de pomposos evangelistas, pero la cuestión es saber si un hombre quiere conocer la verdad en un sentido profundo, si quiere dejarla que penetre todo su ser, si quiere aceptar todas sus consecuencias, o si en caso de apuro no se reserva para sí un rincón y no tiene para la consecuencia un beso de Judas". Unas páginas más adelante, escribe Kierkegaard en el mismo sentido: "Entender una frase es una cosa; entender lo que en ella apunta a mí es otra cosa".

Convertir la verdad libre, fruto de la opción, en verdad objetiva es demoníaco. "Si la verdad existe de cualquier otro modo para el individuo y éste le impide existir para él de aquel primer modo, estamos ante un fenómeno demoníaco".

Demostración y certeza. A continuación, como hemos dicho, opone Kierkegaard la verdad objetiva y la verdad interior (o subjetiva). En otras palabras, la verdad que es fruto de la demostración, y la convicción personal que es verdadera, pero indemostrable por procedimientos lógicos. Y empieza sentenciando de nuevo: "La certeza, la interioridad, que sólo se alcanza por medio de la acción y sólo en ésta tiene existencia, decide si un individuo está endemoniado o no".

En el mundo moderno, piensa Kierkegaard, abunda la verdad (objetiva), pero falta la certeza (la convicción subjetiva). "Yo no encuentro un placer en pronunciar elevadas palabras sobre el curso de las cosas, pero el que observe a la generación ahora viviente ¿podrá negar que el desconcierto reinante en ella y la causa de su angustia y de su inquietud radica en el hecho de que la certeza está disminuyendo constantemente, y esto al mismo tiempo que la verdad crece en volumen y en masa, e incluso en claridad abstracta?"

Kierkegaard pone dos ejemplos "¿Qué extraordinarios esfuerzos metafísicos y lógicos no se hacen en nuestro tiempo para encontrar una prueba nueva de la inmortalidad del alma, una prueba definitiva y que combinara con absoluta justeza todas las anteriores! Y cosa hartamente notable, mientras así sucede, disminuye la certeza".

Para evitar el impacto de la verdad en la vida, se la substituye por una verdad objetiva. "La idea de la inmortalidad lleva en su seno tal poder, sus consecuencias tienen tal repercusión, el admitirla trae consigo tal responsabilidad, que acaso se transformaría la vida entera de un modo que se teme. La manera de salir del apuro y tranquilizar el alma consiste en forzar el pensamiento a encontrar una nueva prueba. ¿Qué otra cosa es una prueba semejante que una buena obra en el sentido católico de la expresión!

Toda individualidad semejante, que (para seguir con el anterior ejemplo) sepa encontrar pruebas de la inmortalidad del alma, sin estar convencido él mismo, experimentará siempre alguna angustia ante cualquiera de los fenómenos aquí descritos".

Y cita Kierkegaard con humor el caso de "un especulativo moderno que había encontrado una nueva prueba de la inmortalidad del alma, y habiendo caído en peligro de muerte, ¡no pudo desarrollar su prueba, porque no llevaba consigo sus cuadernos!".

Kierkegaard retoma la seriedad y, refiriéndose ahora a la existencia de Dios, señala la paradoja: a más demostración, menos certeza o convicción. "¿Con qué celo industrioso, con qué sacrificio de tiempo, diligencia y materiales de escritura no se han esforzado los especulativos de nuestros días por encontrar una prueba definitiva de la existencia de Dios! Pero, en el mismo grado en que aumenta la excelencia de la prueba, parece disminuir la certeza".

Disminuye la certeza o la convicción: esto significa que Dios no entra en tu vida. Demuestras la existencia de Dios, para así alejarlo de la vida y de la existencia. "Tan pronto como la idea de la existencia de un Dios cobra real existencia para la libertad del individuo, adquiere una omnipresencia que puede molestar a la individualidad sinuosa, aunque no desee precisamente hacer el mal. Y es en verdad menester interioridad profunda para vivir en una bella e íntima convivencia con esta representación. Tal convivencia es una obra de arte mayor aún que la de ser un modelo de maridos. ¡Qué desagradablemente afectada puede sentirse, por ende, una individualidad semejante oyendo hablar simple y sencillamente de que hay un Dios!".

Y termina Kierkegaard: "La demostración de la existencia de Dios es algo que le tiene a uno ocupado, tanto metafísica como eruditamente, sólo en algunas ocasiones. En cambio la idea de Dios trata de imponerse en todas las ocasiones. ¿Qué es, pues, lo que le falta a una individualidad semejante? La interioridad".

ADVERTENCIA. Advierte K. que "la interioridad puede faltar también en la dirección opuesta. Un defensor de la más rígida ortodoxia puede estar endemoniado. Sabe todo lo que hay que saber, inclínase ante lo santo, la verdad es para él un conjunto de ceremonias, habla del encuentro ante el trono de Dios y sabe cuántas veces hay que postrarse ante él. Pero todo esto lo sabe como aquel que puede demostrar un teorema matemático usando las letras A, B, C, pero no poniendo D, E, F. Por eso siente angustia tan pronto como oye algo que no es literalmente idéntico".

De nuevo más adelante vuelve a hablar K. de las dos formas de lo demoníaco. "Cuando un rígido ortodoxo emplea toda su diligencia y toda su erudición en probar que cada palabra del Nuevo Testamento procede del apóstol correspondiente, desaparece en el acto la interioridad y acaba por entender algo completamente distinto de lo que quería entender. Cuando un librepensador emplea toda su sagacidad en mostrar que el Nuevo Testamento ha sido escrito en el siglo II, es precisamente la interioridad lo que teme y por eso quiere ver al Nuevo Testamento medido con el mismo rasero que todos los demás libros".²

La seriedad y la eternidad

1. "¿Qué es certeza e interioridad? Dar una definición es seguramente muy difícil. Diré sin embargo: es *seriedad* (*Ernst*)".³ Una cita de Macbeth le sirve a K. para explicar

2. A continuación describe K. "El esquema para la exclusión o la falta de la interioridad". Omito estas páginas.

3. M. THEUNISSEN ha estudiado en concepto de seriedad o gravedad en K.: *Das begriff Ernst bei S. Kierkegaard* (München, 1958).

qué entiende por seriedad: “From this instant / there’s nothing serious in mortality / all is but toys / renown and grace is dead / the wine of life is drawn”.

“Todo individuo, comenta K., que haya pedido la interioridad puede decir: “el vino de la vida está apurado”, y por ende también: “desde ahora ya no hay seriedad en la vida, todo es frivolidad”.

“La seriedad y el espíritu se corresponden mutuamente, de tal suerte que la seriedad es la expresión más alta y más profunda de lo que es el espíritu”. El hombre ya es espíritu (inmediato), pero todavía no lo es, ha de llegar a ser espíritu por la seriedad. “La seriedad es la originalidad adquirida del espíritu, su originalidad conservada en la responsabilidad de la libertad”.

El hombre llega a ser espíritu por la decisión libre y por la repetición. No la repetición que engendra el hábito, sino la repetición que renueva la decisión original. “El hombre serio es serio precisamente por la originalidad con que repite en la repetición”. Y K. pone un ejemplo: “Un pastor debe leer todos los domingos las preces prescritas o debe bautizar todos los domingos a varios niños [...]. Solamente la seriedad es capaz de tornar a hacer todos los domingos lo mismo con perfecta regularidad y sin embargo con la misma originalidad”.

2. “La interioridad, la certeza, resume K., es seriedad”. Y añade: “Pero puedo definir la seriedad todavía de otro modo. Tan pronto como falta la interioridad es *perecedero* el espíritu. La seriedad es por tanto la eternidad o la determinación de lo eterno en un ser humano”. Y también: “Quien no ha entendido justamente lo eterno carece de interioridad y de seriedad”.

Si se quiere estudiar bien lo demoníaco bastará mirar solamente cómo es recibido lo eterno en el individuo. K. señala cuatro casos.

Es demoníaco “negar lo eterno en el hombre . En el mismo momento *se ha apurado el vino de la vida* y toda personalidad de esta especie es demoníaca. Si se pone lo eterno, es lo presente distinto de lo que se quiere que sea. Se teme esto y así es como se siente la angustia del bien. Ahora bien, un hombre puede negar y seguir negando cuanto quiera, pero no por ello puede eliminar totalmente lo eterno de su vida”

Es demoníaco “concebir lo eterno de un modo completamente abstracto. Lo eterno es entonces, como las montañas azules, el límite de lo temporal”.

Es demoníaco “introducir fantásticamente lo eterno en el tiempo [...]. El pensamiento de lo eterno conviértese en una ocupación de la fantasía”. Se ha dicho que el arte es una anticipación de la eternidad. “Pero la poesía y el arte son tan sólo una reconciliación de la fantasía y pueden tener la profundidad de la intuición, pero no la interioridad de la seriedad”.

Es demoníaco “interpretar la eternidad metafísicamente [...]. Se habla tantas veces de la inmortalidad, que al fin no se torna uno inmortal, sino la inmortalidad”.

Las últimas palabras del capítulo IV dicen así: “No se quiere pensar seriamente en la eternidad, se siente angustia ante ella y la angustia busca cien escapatorias. Pero esto es precisamente lo demoníaco”.